

TRABAJO QUINTO

Pío Cid acude á levantar á una mujer caída.

«Mi adorado Pío:

»Me alegraré de que hayas hecho el viaje felizmente. Nosotras sin novedad, y yo deseando saber de ti por horas y momentos.

»Te escribo sólo para que tengas noticias mías. Aunque te dije que te escribiría cuando recibiera carta tuya, no puedo esperar más, pues sólo hace veinticuatro horas que nos separamos, y ya me parece que hace un siglo que no te veo. Anoche no pude pegar los ojos; ya veo que si tuviera que vivir separada de ti me moriría: puedes creerlo. La casa parece que está tonta desde que te fuiste. Yo sólo te encargo, una vez más, que no estés ahí más que el tiempo preciso, pues sufro separada de ti. Tú te ríes de mis cosas; puede que algún día te convenzas de lo mucho que te quiero, por más que tú lo sabes, y aunque te disgustas cuando te muevo gresca, me perdonas porque sabes que todo es efecto de mi mucho cariño.

»Espero tu telegrama diciéndome que llegaste con bien, y mañana te volveré á escribir.

Escríbeme tú también, pues así me parece que te tengo cerca de mí. No dejes de escribirme, que eres muy distraído, y me darías muy malos ratos teniéndome sin noticias tuyas. A cualquier hora puede ocurrir una desgracia, y si no me escribes me figuraré que te sucede algo.

»Muchos recuerdos de mamá, de mi tía y primitas, y tú recibe un abrazo muy apretado de tu mujercita que te quiere mucho, muchísimo.—*Martina*.

»Adiós. No dejes de escribir.»

»Pío de mi vida:

»No he tenido noticias tuyas, y estoy intranquila. Siempre serás el mismo; parece que te duele escribirme. En fin, esperaré á mañana. Mamá dice que no habrás querido telegrafiar porque escribirías en el acto, y que la carta no llegará hasta mañana. ¡Ojalá sea así! Lo principal es que sigas bien. En ésta todo sin novedad, aunque hoy ha habido un disgustillo; ya te contaré cuando vengas. No es nada de importancia.

»Desde que te fuiste no ha venido nadie. Pablito dice que su hermano Florentino, el de San Sebastián, está para llegar de un momento á otro, porque tiene asuntos en Madrid, y ha adelantado un poco el viaje para asistir á la boda. Quizás será para conocer á la familia. Mi tía dice que para este caso quisiera que tú estuvieras aquí, aunque de todos modos

tiempo tendrá de conocerte el tal D. Florentino. Mi tía está arreglándolo todo para cuando tú vengas, y creo que anda buscando cuarto. Yo en esto no digo ni bueno ni malo.

»El disgustillo que te decía es porque yo había pensado trasladar nuestra habitación á la sala grande, en vista de que estamos muy estrechos y de que la sala no sirve para nada, pues no tenemos á quien recibir, y los que vienen, aunque no vinieran nada se perdería. Tu amigo Gandaria estuvo hoy un rato oyendo cantar á Candelita. Mi prima no le hace mala cara, pero él parece que tiene muchos humos y querrá una princesa. ¡Valiente tipo!

»Te ruego y te suplico que me escribas con frecuencia, pues desde que estoy sola no pienso más que en el momento de recibir tu carta, y luego que si no me escribes parecerá que es que me quieres poco y no te acuerdas de mí.

»Adiós, recuerdos de todos, un abrazo de mamá, y sabes te adora y piensa siempre en ti, tu fea—*Martina*.

»En otra te explicaré la distribución que he dado á la casa, y verás cómo se está mucho mejor. Sobre todo tú que tienes que trabajar, verás qué cuco te he arreglado el despacho. Adiós.»

»Mi adorado é inolvidable Pío:

»Al fin recibí tu carta, y veo por ella que estás ocupado y que piensas parar muy poco en esa.

»No me dices si estás bien; no me dices nada; parece que tengas tanto en qué pensar que no te quede tiempo para escribirme, siquiera como yo te escribo, contándome algunos detalles de tu viaje y de cómo estás. Si fuera para alguno de los tontos que vienen aquí, ya escribirías las cuatro carillas y te faltaría espacio, y á mí sólo me escribes cuatro renglones. En fin, qué se ha de hacer; paciencia; lo principal es que sigas bien de salud. Por aquí bien, y yo muy disgustada con unas cosas y con otras. Yo no he nacido para ser feliz; parece que me persigue mi mala estrella por todas partes. Ahora que podíamos vivir tranquilos, tú estás por un lado y yo por otro, y yo tengo además que sufrir mil impertinencias. Dios quiera que esto acabe alguna vez, porque yo siempre así no podría vivir. Además, en el estado en que estoy, dice mamá que si caigo enferma me puede costar caro.

»Si mi tía te escribe diciéndote el disgusto que ha habido, no le des importancia. Cuando vengas ya te lo contaré todo, y verás que yo no he tenido la culpa. Ha sido cosa de Candelita, que me ha tomado entre ojos, y siempre está en contra mía. Yo lo único que dije, fué: «á ver si ya que Paca se casa con Pablo, Valentina se casa después con Benito, y Candelita con Gandaria, y así cada una se va á su casa.» Ya ves tú, dicen que esto es que quiero echarlas á la calle, cuando yo te puedo jurar que mi idea era sólo que se casa-

ran las tres, pues al fin son mis primas, y me alegraré de su felicidad. ¿No dicen que yo tengo coraje de que Paca se case, porque yo estoy en la situación en que estoy? Pues ahí verán que desearía que se casaran todás.

»Sabrás que el amigo Ferré escribió que está formando una compañía de ópera, que trabajará en Barcelona este verano. Mi tía le ha escrito para ver si puede colocar á Candelita. Se irán las dos, y Valentina se quedaría con Paca. No sé lo que resultará; ya sabes las ilusiones que mi tía tiene con el teatro, y más que el profesor de Candelita dice que él responde del éxito. Yo no veo las cosas tan claras; veremos lo que contesta el amigo Ferré.

»Yo estoy deseando que vengas para que tú des tu opinión, no vayas luego á echarme á mí la culpa si hacen algo sin que tú lo sepas. Te lo aviso para que estés al tanto de todo lo que ocurre.

»Escribeme mucho, y no olvides á tu mujercita que siempre está pensando en ti y te quiere cada día más, y desea verte muy pronto, tu—*Martina*.

»Un abrazo de mi madre. Te escribo á las mismas señas: ya te enviarán la carta. Iba á ponerte las señas del pueblo, pero no estaba segura, porque no me lo has dicho, y puede que vayas antes á otros. Dime adónde te he de escribir, y lo mejor es que te vuelvas cuanto antes. Yo cada día estoy más triste desde que estamos separados. Esto no es vivir. Adiós.»

«Pío de mi vida y de mi alma:

»Ayer te escribí, y aunque no he recibido carta tuya, te pongo estas cuatro líneas para decirte que te vengas en seguida, pues estoy muy disgustada por mil razones que te explicaré cuando estés aquí. No creas que esto que te digo es hablar por hablar; créeme que haces falta en ésta antes de que yo haga algún disparate. Hoy he tenido una disputa con mi tía: el porqué ya lo sabrás. No ha sido por lo de antes, sino porque yo he echado á la calle á tu amigo Gandaria, y mi tía me dice que esto es una falta de educación, y que una señora no debe de proceder así. Yo no admito lecciones de nadie y sé de sobra lo que me hago. Cuando te enteres me darás la razón. Me río yo de los amigos; ya te convencerás de que para un hombre no hay mejor amigo que una mujer que le quiera, pues todos los amigos son falsos, y no respetan nada en cuanto se les deja dos dedos de luz. En fin, no me queda tiempo para más, pues quiero que mamá lleve ésta ahora mismo al correo.

»Adiós, recibe muchos besos y abrazos y caricias de tu fea, que te adora.—*Martina.*

»Te ruego y te suplico que te vengas en cuanto recibas ésta, aunque dejes abandonados tus asuntos. Todo eso que tienes entre manos es pura tontería. Ya te diré lo que se me ha ocurrido, y verás qué felices vamos á ser si tú quieres seguir mis consejos. Adiós,

otro abrazo muy fuerte de la esclava Esma. ¡Dios sabe las que me estarás jugando!»

«Pío idolatrado:

»Dos días sin tener carta tuya y sin saber si sigues bien ni dónde estás. ¡Nada! Como si te hubiera tragado la tierra. Dime si tengo razón para ofenderme, cuando yo sólo pienso en ti y sería capaz de hacer por ti los mayores sacrificios.

»Si no me contestas á ésta, creeré que te ha ocurrido alguna desgracia, y aunque sea empeñando todo lo que tengo, me voy á buscarte. Esto no puede seguir así ni un día más por los disgustos que sabes. Además, ya no tengo un cuarto, pues lo que mi tía me dió, se ha acabado hoy mismo. Ella tiene, porque ha recibido la pensión de Murcia; pero ahora guisa aparte para las cuatro, y mamá y yo comemos solas. Se les ha puesto así en la cabeza; ¿qué se le ha de hacer?

»Si me veo muy apurada, empeñaré el relojito; pero por Dios te encargo que no te entretengas ni un día más. Ten siquiera consideración por el estado en que me encuentro.

»Todo el día pensando en ti, y tú desde que te fuiste no me has escrito más que unas cuantas líneas. Yo quisiera convencerte de lo muchísimo que te quiero y de lo que soy capaz de hacer por ti. Creo que por tu cariño voy á hacer cosas muy grandes en el mundo. Ahora estoy viendo á ver si acierto á compo-

ner algunos versos, porque sé que te gustan. He emborronado la mar de papel, pero no me salen á mi gusto; yo creía que era fácil hacerlos cuando veía cómo los escribes tú; pero es muy difícil, sobre todo para mí, que no sé. Ya me enseñarás tú, á ver si salgo poetisa, pues esto me gustaría mucho más que el piano, que lo sabe tocar todo el mundo; y además que para aprender á tocar bien, bien, hay que tener mucha paciencia.

» Aunque te rías de mí, te voy á poner un verso de los que he escrito hoy. Es una tontería, pero lo que digo lo siento de corazón:

» Si dando mi vida, yo
salvar tu vida pudiera,
aun sufriendo atroz martirio,
con toda mi alma la diera.

» Te ruego mil veces que no te estés ahí con esa calma, que parece que no te acuerdas de que yo estoy en el mundo. Y luego para nada, porque todo eso no sirve para nada; pues yo tengo pensada otra cosa que nos conviene más que seguir en Madrid como estamos. Ya te lo explicaré, y supongo que será de tu agrado.

» Mamá te envía un abrazo, y yo toda mi alma y mi vida envuelta en un millón de besos de tu mujercita que te idolatra.—*Martina.*

» Ya ves que no te escribo más porque no cabe. No sé si entenderás estos renglones cruzados. Sí los entenderás. Adiós, feo mío.»

Así decían las cartas, y Pío Cid las leyó no se sabe cuántas veces con gran atención por ser las primeras que Martina le había escrito y parecerle muy superiores á lo que de ella podría esperarse; luego se quedaba con ellas en la mano mirándolas todas juntas, que formaban un buen legajo; y moviendo la cabeza como si se diera la razón á sí mismo por algo que pensara, ó se la diera á Martina por lo que había escrito, decía:

— Esta terrible criatura me ha puesto la casa patas arriba en veinticuatro horas. Hay que ir sin tardanza y ver si esto tiene composura, que sí la tendrá. Desde luego Martina no dice lo que ha ocurrido, pues por lo que ella dice no iba D.^{na} Candelaria á hacer lo que ha hecho. Por poco aguante que tuviera hubiera esperado mi regreso. En fin, bueno está por hoy; mañana será otro día y estaremos todos en Madrid y veremos..... Pero ese tonto de Gandaria..... ¡Bah!

Después de la visita al Gobernador volvió á su casa; arregló en un segundo su maleta y se despidió, encargando que la llevasen á la oficina de los coches á la hora de salida. Vino á buscarme y juntos nos encaminamos, dando un paseo, á la fuente del Avellano, donde aquella tarde había asamblea literaria. No era una reunión casual, puesto que los poyos de la famosa fuente Agrilla estaban ya en aquella sazón lustrosos y un tanto desgastados de prestar servicio á los literatos y artistas gra-

nadinos, que habían convenido en reunirse allí todas las tardes para beber agua pura y fortaleciente y hablar de todo lo divino y lo humano con la apacible serenidad que infunde aquel apartado y silencioso paraje. Nosotros llegamos los últimos y hallamos la asamblea en pleno. Además de Antón del Sauce y Paco Castejón, con quien nos reunimos en el camino, estaban allí los dos Gaudentes, Feliciano Miranda, el poeta Moro, Juan Raudo, Montero el menor y Eduardo Ceres. Todos conocían á Pío Cid por haber comido juntos en la Alhambra, excepto el hijo de Gaudente, que era estudiante de Derecho y aspirante á escritor, y Eduardo Ceres, excelente joven, cuya mayor habilidad consistía en dar las noticias antes que nadie, por lo cual le llamábamos en broma *Don Teléfono*.

—Hoy tenemos gran novedad literaria—dijo Castejón aspirando con las narices dilatadas el airecillo fresco que subía de la umbría del Darro.—Se puede perdonar el trote que hay que dar para venir aquí sólo por oír la tragedia que ha escrito este (señalando á Sauce).

—¿Tragedias á estas horas?—dijo Miranda.

—No hay que exagerar—rectificó Sauce;—es un articulejo más para la colección de *Tragedias vulgares* que voy á publicar.

—Pues Moro—agregó Miranda—trae también terminado su poema. Esto va á ser el acabóse.

—¿Qué poema es ese?—pregunté yo.

—Es el mismo que tenía empezado, el de *Los olivares*—me contestó Moro.—Yo estoy condenado á vivir siempre entre olivos.

—Lo mejor—añadió Gaudente el viejo—es que yo estoy oyendo hablar de ese poema desde hace tres años, y aún no conozco ni un verso. Hijo, acábaló de desembuchar y no nos amueles más con ese parto de burra.

—Ea, comience el fuego—dijo Castejón.—Yo, si queda tiempo, os leeré el comienzo de una historia morisca que estoy sacando de unos papeles viejos que he comprado en un baratillo.

Después de tomar sendos vasos de agua, sentados todos al amor de la fuente nos preparamos para saborear la varia é interesante lectura de aquel día memorable. Gaudente el viejo leyó su célebre proclama poética, y pudiera decirse patriótica, titulada *¡Viva la mantilla!*, en la que se cantaban las excelencias de la mantilla y se fustigaba sin misericordia el ridículo sombrero, inventado por las mujeres feas para sombrearse la cara, moda funesta que acabará por dar al traste con el carácter de las mujeres españolas; Moro, su poema *Los olivares*, en el que describía con extraordinaria riqueza de colorido las fiestas populares que se celebraban antiguamente á la sombra de los olivos, en particular las de San Antón y San Miguel, que ya van, por desgracia, desapareciendo, y Sauce el artículo

elogiado por Castejón. Así estos trabajos como los que se leyeron más tarde, son dignos de alabanza y de que se los busque para leerlos en las Revistas de aquella época, puesto que todos fueron publicados. Yo sólo he de insertar, por convenir á la mejor inteligencia de mi historia, el del impresionista Sauce, dejando la apreciación de su mérito al buen juicio del que leyere. Helo aquí:

«JUANICO EL CIEGO

(Tragedia vulgar).

»Hace algunos años iba por las calles de Granada un pobre ciego llevando de la mano á una niña preciosa. Aunque vivía de la caridad pública, no era mendigo callejero. Si algún transeunte le ofrecía una limosna, él la aceptaba, diciendo: «Dios se lo pague y Santa Lucía bendita le conserve la vista»; pero pedir, no pedía nunca, porque tenía casas conocidas para todos los días de la semana, en las que recogía lo suficiente para vivir.

»Llamábase Juan de la Cruz, y todos le decían Juanico *el Ciego* ó Juanico *el Malagueño*; la niña que le servía de lazarillo era hija suya y se llamaba Mercedes, y ambos formaban una pareja muy atractiva.

»Juanico no era un pobre derrotado y miserable, de esos que inspiran tanta repulsión como lástima, sino que iba siempre limpio como los chorros del agua. Vestía invariable-

mente un traje de tela de lavar muy blanca, y sólo en los días en que apretaba mucho el frío se ponía encima de su vestimenta veraniega una cazadora remendada, de color pardusco, con coderas de paño negro y adornos de tren-cilla muy deshilachados.

»Era hombre todavía joven y podía pasar por buen mozo. Se había quedado ciego de la gota serena, y sus ojos, aunque no veían, parecían ver. Eran ojos claros y sin vista, que daban al rostro una expresión noble y grave, realzada por el esmero que ponía Juanico en ir siempre muy bien afeitado.

»La hija del ciego, Mercedillas, era un primer de criatura, á la que muchos de los que socorrían al ciego hubieran gustosamente recogido para quitarla de aquella vida peligrosa.

»—Esta niña va siendo ya grande—le decían.—¿Qué va usted á hacer, Juanico, con ella cuando crezca un poco más? Sería una lástima que esta criaturica tan mona se le echara á usted á perder.

»—Ya veremos, ya veremos—decía el ciego;—no tiene más que diez años; todavía es una mocosa.

»Y estaba siempre preocupado con lo que había que hacer con aquella niña, que era lo único que tenía en el mundo y que para él era más que una hija: era su alma y el único testigo de la historia dolorosa que el infeliz ciego llevaba incrustada en todo su ser.

»Nadie hubiera dicho al verle tan calmoso

y, al parecer, tan contento, que aquel hombre vulgar llevaba á costas el recuerdo indestructible de una terrible tragedia.

»Juan de la Cruz había nacido en Málaga, en el barrio del Perchel, y quedándose huérfano de padre y madre cuando era muy niño. Una familia pobre le recogió y le crió, auxiliada por otras familias del barrio. El muchacho creció como planta silvestre, sin que nadie se cuidara de dirigirle; pero debía de ser naturalmente bueno, pues desde que pudo trabajar quiso aprender un oficio, y no á uno, sino á varios se aplicó con la mejor voluntad.

»Estuvo en una carbonería, metido entre el carbón y el cisco, hasta que, harto de tizne, se decidió á entrar de aprendiz en una cerrajería, deseoso de tener un oficio formal, y, por último, se dedicó á zapatero.

»Se había establecido entonces en Málaga, en un portalillo de mala muerte, un zapatero llamado Paco *el Sevillano*, con tan buena suerte, que muy pronto tuvo necesidad de meter quien le ayudara. Juanico fué el primero que entró en aquella casa, y no tardó en pasar de aprendiz á oficial y en disponer de un salario seguro, con el que pensó desde luego que podría casarse y tener casa propia.

»—Pero el noviajo que tienes con *la Perdigona*—le decía algunas veces su amo—¿es cosa formal?

»—¿Que si es formal, D. Paco?—respondía él.—Ya lo verá usted en cuanto salga libre de

quintas, si salgo. Creen que no es formal porque mi novia es hija del borrachín de su padre; pero nadie puede elegir familia, y la Mercedes vale más oro que pesa.

»En esto llevaba razón Juanico, porque su novia, á la que él le hablaba desde muchacho, era la flor y nata del Perchel, y digna, por lo guapa, hacendosa y decente, de casarse, no ya con un oficial de zapatero, sino con un título.

»Cuando á Juanico le tocó ir á servir al rey estaba en su golfo la guerra de Cuba, la de los diez años, y quiso la mala suerte que á él le tocara pasar el charco. Y allá se fué, jurando antes á su novia que si no lo mataban volvería y se casaría con ella, y ella le juró que lo esperaría aunque fueran veinte años, pues, ó se casaba con él, ó no se casaba con nadie. Porque entre ellos no mediaban sólo palabras, sino compromisos graves, y á decir verdad, más que novios eran marido y mujer, pues á los seis meses de irse Juanico tuvo la Mercedes una niña, que era el vivo retrato de su padre.

»En los apuros que pasó la muchacha durante la ausencia de su novio y marido contó con la protección de D. Paco, que era hombre de muy buenos sentimientos. Trabajaba *la Perdigona* en todo lo que le salía, y cuando más ganaba era cuando llegaba «la faena», la época del embale de las naranjas para la exportación; pero esto no era fijo, y D. Paco la decidió á que trabajara para la zapatería, que

ya no era el primitivo portal, sino una tienda muy grande, convertida después en el establecimiento casi lujoso de *La punta y el tacón*, uno de los más populares de Málaga. Mercedes aprendió pronto el oficio de aparadora, y andando el tiempo pudo emanciparse del yugo de su padre, que le daba muy mal trato, y vivir sola con su niña, sin salir más que á compras ó á entregar su tarea.

»—Cuando venga tu marido—le decía el amo,—vais á estar mejor montados que el Gobierno. Dos jornales seguros, y luego lo que él traiga.

»—¿Cree usted que traerá cuartos?—preguntaba Mercedes.—Lo que yo quiero es que venga pronto y que no me lo hayan cambiado, porque algunos vuelven con unos humos...

»Volvió, en efecto, Juanico, y volvió con humos. Los primeros días daba pena de oírle mezclar en su lenguaje natural algunas palabras nuevas que había recogido al revuelo, y hablar de su «masita» como si trajera un moro atado. Pero, á pesar de todo, Juanico era franco y no contaba hazañas fingidas. Él había salido muy poco á operaciones, y aunque había sentido las balas cerca, disparadas por enemigos invisibles, no se había echado jamás á la cara un insurrecto. Estuvo casi siempre en un ingenio al que nunca se aproximó el enemigo; los propietarios de la finca eran muy generosos y le habían tratado á él y á sus camaradas á cuerpo de rey; había ahorra-

do el plus de campaña y un poco más; y, en resumen, al terminar la guerra se halló con una pequeña fortuna.

»Aunque la mayor parte estaba en pagarés, en los que perdió más de la mitad, le quedaron libres unos ocho mil reales, largos de capellada; para él, casi un capital.

»—Ahora lo que debes hacer—le dijo el amo, que le recibió con los brazos abiertos,—es comprar con ese dinero una casa para vivir. Tú no sabes lo que vale no tener que pagar casa. Luego sigues trabajando aquí, si quieres, y te casas con la que es ya tu verdadera mujer, que es una mujer para un pobre, y si llega el caso para un rico, porque te aseguro, ahora que la he tratado, que la Mercedes es una perla. Mi mujer la quiere como si fuera de la casa, y tiene empeño en ser la madrina.

»—Ya veremos, ya veremos—contestó Juanico.—Yo había pensado establecerme.

»—Pues si lo haces ándate con ojo, no vayas á perder tontamente lo que te ha costado exponer la salud y la vida.

»Juanico no lo decía; no se atrevía á decirlo. Pero desde que llegó á Málaga y fué á ver sus amos, tenía el diablo en el cuerpo. Había visto á Manuela, la hija de los zapateros, que cuando él se fué estaba recién vestida de largo, y ahora estaba hecha una moce-tona, y al verla había tenido una idea, que debía ser la causa de su perdición. Menos mal